



Salir al campo debiera ser más bien llegar a éste sin fatigas, sin prisas, en el propio contorno, y dejar solazarse la mente en la quietud y en la naturaleza...

## GUIPUZCOA Y LA «CIVILIZACION DEL OCIO»

Por Manuel AGUD

En primer lugar hay que plantearse la cuestión de si son compatibles los términos «civilización» y «ocio», pues parece indudable que la civilización no ha sido el resultado del ocio, sino de la acción. A menos que se considere ocio toda acción que no sea meramente manual, idea muy arraigada desde siempre en nuestros medios.

Si llamamos «ocio» al tiempo libre del trabajo habitual, quizá exista un error de base. ¿Es para descansar tal tiempo, sin ocuparlo en nada, o es más bien un cambio de actividad como compensación de la rutina diaria? Esta es la cuestión.

Vemos que una sociedad como la nuestra definida como «sociedad de consumo», trata de ocupar el tiempo libre en una «actividad» (llamémosla así) consumista. En ese caso se libera al hombre de unas horas de fatiga mental o física, según el tipo de ocupación, para que las emplee en consumir bienes que harán posible un aumento de producción y de beneficios para pequeños grupos de poder económico (que desgraciadamente influirán en el político). En tal caso la mal llamada «civilización del ocio» sería una añagaza forjada por los beneficiarios de la «sociedad de consumo»; una trampa en que ha caído la mayor parte de la población urbana y de los medios industrializados (y a la que desgraciadamente aspiran los medios rurales). Con ello la disminución de la jornada laboral y el aumento de los días de vacaciones se convierte en esa trampa compensadora de cuanto pueda suponer de beneficio aquellas reivindicaciones.

Quizás haya que pensar más en todo esto, y en que evitaríamos tal trampa si invirtiéramos los términos preconizados por cierto anti-político que propugnaba los famosos mil dólares «per cápita», como previos para una participación política del ciudadano (¡a pesar de todo, limitada!).

En realidad, la aspiración nacional de las clases responsables (y lo son todas) debiera ser formar y preparar las «cápita» para poder disfrutar racional y humanamente de los citados mil dólares, o de los que fueran. Y quizá ahí está el fallo actual. Gastamos cuanto tenemos, poco o mucho. Deseamos poseer más para gastar más, no para vivir con un contenido más digno. El hombre, ser de deseos infinitos, si no canaliza tales deseos en aras de una armonía propia y de contribución al bien común, se convierte en un ente insatisfecho, en perpetuo conflicto con sus propias limitaciones, arisco y con pretensiones de todos los «derechos», y ése va a ser, a nuestro juicio, el hombre que nos está preparando la tan cacareada «civilización del ocio», si no reflexionamos en el propio contenido de sus términos.

Excluido el vocablo «ocio» por ambiguo, según el uso corriente, frente a su primitivo significado, hablaríamos mejor del «tiempo libre», pero circunscribiendo su significado a la solución de continuidad entre dos jornadas laborales o a los periodos vacacionales.

En vez de detenernos a pensar, a reflexionar con calma en los caminos que se abren ante nosotros en tanto que miembros de una comunidad, tratamos de sustraernos a todo pensamiento que no sea la prisa por gastar; ese tiempo que el adelanto científico y técnico nos brinda para más altos fines.

Existe, por ejemplo, un contraste entre cierto gasto (a veces derroche) en viviendas, no con fines de comodidad, sino por mera ostentación social, y la poca intensidad de vida hogareña en el «tiempo libre». Las carreteras en domingo son un índice de ese aturdimiento.

Salir al campo no es lanzarse a devorar kilómetros en ese afán frenético por ocupar con la mayor cantidad de sensaciones primarias posibles una jornada.

Salir al campo debiera ser más bien llegar a éste sin fatigas, sin prisas, en el propio contorno, y dejar solazarse la mente en la quietud y en la naturaleza, que es pensar, proyectar, soñar, analizarse y comprometerse en una vida comunitaria. Ahora bien, ¿estamos capacitados para ello? He aquí el arduo problema; he aquí la gran responsabilidad de quienes aspiran a obediencias colectivas; he aquí el pensamiento, en fin, de los mesiánicos que se consideran predestinados a regir a los pobres mortales, simple levadura de sus ambiciones.

Para qué pensar, para qué preocuparse, si todo nos lo darán hecho. Y precisamente esos mesiánicos son quienes enarbolan lo de la «civilización del ocio». Ocio que, como hemos dicho, ellos se encargarán de colmar con «cosas», no con «ideas».

Nunca podremos exculpar a cuantos miran con sospecha a «eso» que sólo entre nosotros se entrecomilla, «los intelectuales».

Gentes que han tratado de inquietar en el pensamiento; gentes que han pretendido hacer libres a los hombres en su actitud crítica ante lo que nos rodea, en la conciencia del propio error y de las razones de los demás. Claro está que ése es el camino de las ideologías. ¡Y éstas son peligrosas! (todavía hay quien piensa así)... Nunca es peligrosa una ideología, producto de la reflexión y fruto de una escuela digna. Ideología supone contraste; contraste supone crítica, y ésta nos lleva a la propia superación, aunque sólo sea para evidenciar la bondad de nuestras razones.

Se nos dirá que tal actitud es siempre de minorías, no popular. Acaso sea así entre nosotros por las especiales circunstancias en las que se ha desarrollado desde hace más de siglo y medio nuestra vida pública. Ya es hora de buscar remedio.

Y ese remedio sería muy fácil si se emplearan con honestidad y buen tino los medios de comunicación de masas. ¿Desarrollan dichos medios la altísima misión de formar una conciencia nacional válida?

Permítasenos dudar de ello. De todos modos es muy fácil hacer crítica de aquéllos. Sus fallos son de tal fuste que el más lego los percibe; sin embargo, la sugestión de la imagen hace aceptar al común de las gentes como bueno cuanto encandila sus ojos.

El hombre se ha convertido un poco en esclavo, en víctima del desarrollo, en lugar de servirse de él como medio

de mejoramiento humano y de satisfacción espiritual. Toda la propaganda consumista nos pone al servicio del mal llamado desarrollo (que es más bien crecimiento material).

Nuestros medios visuales anuncian con la mayor sugestión posible, acudiendo a la sexualización de la propaganda, elementos cuya publicidad no se permite en los países que cuidan de la salud de la comunidad. Esas voces profundas, insinuantes, prometedoras de éxitos radiantes ante el otro sexo, si se consume tal o cual producto... No es preciso ser muy lince para ver a quién beneficia el mentado consumo.

La alienación resulta tan profunda como imperiosa, es una política de sanidad mental debidamente encauzada, sin paternalismos, sin invocaciones mesiánicas, sin ñoñerías y sin halagos, para recuperar el ser responsable, social, humano que llevamos dentro, ahogado ahora por tantas sollicitaciones puestas ante nuestros ojos.

Cuando oímos hablar de alienación referida a otras parcelas del espíritu humano, no podemos por menos de indignarnos viendo desde qué índices de alienación mental, forjada por el consumo, intentan convencernos. Cargan el acento sobre la alienación del espíritu quienes han caído en la peor de las alienaciones: la esclavitud ante una insatisfacción permanente de bienes en la mayoría de los casos superfluos, cuando no deleznable y perjudicial.

No se ha amueblado la cabeza con unas ideas y el corazón con unos sentimientos, capaces de dar la libertad de la propia conciencia y la responsabilidad ante los demás, lo que puede llevarnos a una mayor felicidad personal y colectiva.

Estas consideraciones tienen un carácter general, más aplicables a la civilización urbana e industrial. ¿Qué repercusión tienen en Guipúzcoa? Dejamos al juicio de cada uno la aplicación del esquema general.

¿Han entrado nuestras gentes en esta vorágine del consumo por el consumo? ¿Están en vías de liberarse de la trampa del desarrollo por el desarrollo? ¿Existe una preocupación en la generalidad de las gentes por una mayor responsabilización cara al bien común y al servicio de los demás?

¿Tenemos una verdadera inquietud de tipo cultural, de bienes intelectuales, en los estratos que han alcanzado cierto desahogo material? Caso de existir esa inquietud, ¿tiene la extensión y fuerza necesaria para influir en el conjunto social imprimiendo un giro a su rumbo?

¿Ha demostrado la provincia el interés necesario por lo que verdaderamente puede mejorar la calidad de vida, que es la conciencia libre forjada en el trabajo, y en la capacitación superior? ¿Hemos puesto todo el empeño para que la empresa universitaria provincial alcance su meta?

¿Estamos dispuestos a decir NO al despilfarro, que no es sólo de clases adineradas, sino el gasto innecesario en cualquier estrato social?

Si analizamos un poco los hechos podremos responder a estas cuestiones, y acaso entonces nos demos cuenta de que hemos subvertido los conceptos de confort y cultura, amén de desarrollo.